

Un mapa de la fragmentación de las conducciones sindicales en la posdictadura (1983-1987)

Juan Pedro Massano

Introducción

El objetivo de este trabajo es hacer un mapa de los nucleamientos sindicales que actuaron durante los primeros años de la posdictadura (1983-1987). Sin embargo, antes de avanzar en este trazado del mapa de la fragmentación de las conducciones sindicales argentinas para nuestro período es importante reseñar brevemente la situación del sindicalismo a la salida de la experiencia dictatorial.

Investigaciones recientes (Zorzoli, 2018) han demostrado, mediante un análisis cuantitativo, temporal y regional de las intervenciones a sindicatos durante la dictadura, que fue la representación gremial de primer grado la más afectada, y que el impacto sobre el nivel federativo fue mucho menor y restringido principalmente al primer año de la experiencia dictatorial. Además, siguiendo el mismo estudio, puede diferenciarse una importante cantidad de intervenciones realizadas durante el período 1976-1979 asociadas a la desarticulación de determinados sectores del movimiento obrero, de aquellas efectuadas en el período 1980-1983 ligadas al proceso de “normalización” sindical. Así, las intervenciones del primer período

se concentran en las cuatro provincias (Tucumán, Jujuy, Córdoba y Mendoza) coincidentes con el desarrollo de prácticas sindicales regionales alternativas consideradas peligrosas por la dictadura. El trabajo de Zorzoli (2018) muestra que no es la dirigencia sindical nacional la más afectada por la persecución, y dentro de las prácticas sindicales, el sindicalismo “abierto o de transformación” es el objeto preferencial de la misma, a diferencia del sindicalismo “cerrado o de integración”. Este último sector también fue afectado por intervenciones, pero sobre todo durante el período de normalización, y las mismas no fueron comandadas por miembros de las fuerzas armadas sino por civiles ligados al gremio o al Ministerio de Trabajo.

Entonces, en cuanto a las conducciones sindicales, el resultado de la represión durante la última dictadura militar implicó que las experiencias más combativas formadas en el ciclo histórico previo —reformistas y revolucionarias, y de distintos niveles de conducción— tuvieran un peso relativo mucho menos relevante en los inicios de la posdictadura (Löbbe, 2006; Schneider, 2006; Brennan y Gordillo, 2008; Nassif, 2012; Lorenz, 2013; Dawyd, 2014; Ortiz, 2019).

Por otro lado, las conducciones sindicales peronistas tradicionales, que hegemonizaban el escenario sindical y la conducción de la expresión partidaria del peronismo, el Partido Justicialista (PJ), además de no haber sido muy afectadas por la represión aparecían públicamente desprestigiadas por tres elementos: por su participación en el gobierno de María Estela Martínez de Perón, asociado con el caos económico y la violencia política; por la derrota electoral de las elecciones presidenciales de 1983, en la que comandaron y definieron la mayoría de las candidaturas del peronismo, invicto hasta entonces en elecciones sin proscripción; y por la denuncia, en el marco de esa campaña electoral, de un “pacto militar-sindical”.

La denuncia del entonces candidato radical Raúl Alfonsín¹ tuvo fuerte repercusión durante la campaña presidencial. El supuesto pac-

¹ Véase la edición del diario *Clarín* del 26 de abril de 1983.

to implicaba el otorgamiento del control de los sindicatos en situación irregular² a las conducciones “ortodoxas” —por entonces acaudilladas por el metalúrgico Lorenzo Miguel— a cambio de la garantía de impunidad militar por los delitos cometidos durante el terrorismo de Estado. Tuviera o no el candidato radical pruebas de este pacto, la verosimilitud del mismo se construía sobre la constatación de dos situaciones: la postura del candidato peronista frente a la autoamnistía militar,³ y la concreción de normalizaciones bajo la ley sindical castrense que implicaba una lógica de control vertical de las mismas.⁴

² Durante la última etapa de la dictadura militar, bajo la gestión del entonces ministro de Trabajo Héctor Villaveirán (1982-1983), se impulsó una normalización de los gremios que el “Proceso de Reorganización Nacional” había intervenido y aún se encontraban en situación irregular. Algunos fueron normalizados, pero otros quedaron en situaciones anómalas, como comisiones transitorias encargadas de efectivizar la normalización, con conducciones que mantenían mandatos prorrogados desde marzo de 1976 o con interventores del Ministerio de Trabajo. El marco normativo de esa normalización era la ley castrense de asociaciones profesionales N° 22.105/79 a la que los gremios debían adecuar sus estatutos.

³ Viendo que no se abría ningún frente claro de negociación que les garantizara la impunidad, el 23 de septiembre de 1983 —un mes antes de las elecciones presidenciales— los militares sancionaron una autoamnistía general. Ítalo Luder, abogado constitucionalista y entonces candidato presidencial del PJ, sostuvo que, a pesar de que podía derogarse, los efectos jurídicos de la autoamnistía eran irreversibles, atento a la “doctrina de facto” que justificaba el carácter legal de las sanciones jurídicas tomadas por los gobiernos dictatoriales (Velázquez Ramírez, 2018). La candidatura presidencial de Luder, así como buena parte de las candidaturas del peronismo en la elección del 30 de octubre de 1983, fueron definidas por el sector ortodoxo del sindicalismo peronista. Lorenzo Miguel era en ese entonces vicepresidente primero del partido, lo que en términos fácticos lo convertía en la cabeza del mismo, ya que la presidenta, María Estela Martínez de Perón, se encontraba residiendo en España.

⁴ Alfonsín denunció una lógica “de arriba hacia abajo” (se comenzaba con las normalizaciones de las conducciones nacionales para seguir con las instancias de menor agregación, hasta llegar a las del lugar de trabajo), que permitía el control del proceso electoral a las conducciones definidas por el Ministerio de Trabajo mediante “comisiones transitorias”, interventores y mandatos prorrogados. Buena parte de la lógica denunciada fue el contrapunto con el proyecto de normalización sindical conocido como “ley Mucci” (Massano, 2022a).

Otras vertientes como radicales, socialistas, izquierdistas o independientes tenían una presencia reducida. Sin embargo, en los inicios de nuestro período la fragmentación sindical parecía permitirles juego propio a todos.

Interpretaciones de la fragmentación sindical

A la hora de abordar la historia de las conducciones sindicales, es usual la utilización de categorías que responden a distintos marcos teóricos y conllevan diferentes valoraciones políticas. Así, se han utilizado categorías como oligarquías o elites (Sangrilli, 2011), o también burocracia (AAVV, 2010). Este tipo de categorías implican una serie de discusiones sobre la función social de los sindicatos en el capitalismo, los procesos de formación de los grupos dirigentes, las relaciones con los cuadros intermedios y las bases, y la discusión sobre si forman parte de la clase trabajadora o se constituyen en una casta social y políticamente diferenciable.

Por una cuestión de objeto y extensión no expondremos aquí los términos de esos debates, sino que nos abocaremos a construir un mapa histórico de las agrupaciones en las que se congregaron las conducciones en un período determinado. En ese sentido, más allá de las orientaciones teóricas o ideológicas, los análisis sobre las diferencias en el interior de las conducciones del movimiento obrero sindicalizado en la historia reciente han tenido como objeto de estudio preferencial a los nucleamientos sindicales. Estos últimos son agrupamientos de conducciones sindicales, relativamente estables en el tiempo, que expresan diferencias político-estratégicas entre ellas. La pertenencia a estos nucleamientos por parte de los líderes individuales suele ser contingente, ligada estrechamente a problemáticas de coyuntura, lo cual expresa el pragmatismo dominante en la cultura política de las conducciones sindicales peronistas y no peronistas. Belardinelli (1994) sostuvo que se trata de “fraccionamientos verticales” del movimiento obrero que se expresan en agrupamientos frecuentemente

cambiantes de dirigentes y sindicatos. Sangrilli, por su parte, utiliza indistintamente nucleamiento o sector como “forma operativa de designar a las alianzas que se forman con ambición y estrategia política y como grupos de adhesión constante” (2013, p. 2).

La mutabilidad de estos nucleamientos impide identificarlos taxativamente con estrategias sindicales de largo plazo como las que ha propuesto Fernández (1995).⁵ Para este autor, desde 1955 hasta 1976 la matriz de vinculaciones entre el movimiento obrero y el Estado había generado una diferenciación política en su interior que se correspondía con cuatro diversas formas de interrelación posibles:

- el “participacionismo”, que consideraba como tarea fundamental defender los intereses corporativos con la ayuda del Estado, por lo cual trataba de negociar con cualquier tipo de gobierno;

- el “vandarismo-miguelismo”, ligado al estilo de conducción de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), sostenía que la tarea principal era el propio desarrollo del sindicalismo y, al mismo tiempo, el del justicialismo, para lo cual alternaba la negociación y la lucha, fórmula conocida como “golpear para negociar”;

- el “confrontacionismo”, variante del posicionamiento anterior, que privilegiaba la lucha contra los gobiernos que se mostraran hostiles al sindicalismo peronista y que resurgió durante la dictadura militar de 1976-1983. A este sector también se sumaron sindicalistas no peronistas, y en él tuvo un rol significativo Saúl Ubaldini durante la etapa final de la dictadura;

- el “ala combativa”, conformada por peronistas de izquierda y clasistas, que consideraba necesario fortalecer la autonomía sindical frente al Estado, combatiendo el modelo de vinculación tradicional.

⁵ Ya hicimos referencia a una caracterización de estrategias sindicales alternativa a la de Fernández que identifica como tendencias de largo plazo (estrategias) un “sindicalismo abierto” o “de transformación” y un “sindicalismo cerrado” o “de integración” (Zorzoli, 2018).

Es usual que se identifique a los distintos agrupamientos con alguna de estas estrategias. Si bien estas son constatables y tienen una relación relativamente estable con los nucleamientos del período de su surgimiento y desarrollo (1955-1976), como veremos en las páginas siguientes, esta identificación taxativa nucleamientos-estrategia es infundada para nuestro período.

Fernández señala, en el mismo sentido, que el agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) no implicó una transformación inmediata de estas manifestaciones políticas del sindicalismo, y que dentro de la Confederación General del Trabajo (CGT) provocó una tensión no resuelta por contraponerse con la vocación unitaria tradicional.

Justamente, a pesar de reconocer aquel desfasaje entre crisis de la ISI y pervivencia de las prácticas sociales surgidas de la misma que bien señaló Fernández, sostenemos que, por utilizar nomenclaturas propias de coyunturas distintas, puede caerse en el peligro de proyectar continuidades agrupacionales en el tiempo, invisibilizando las especificidades de un período en el que encontramos grandes cambios en la composición de la propia clase trabajadora y en la conformación de los agrupamientos sindicales, así como en las alianzas políticas entre sectores sociales.

Los nucleamientos sindicales, como expresión coyuntural de los alineamientos de las dirigencias, muestran desde 1977 a 1989 una mutabilidad tal que ninguno de ellos puede identificarse taxativamente con una táctica específica de interrelación con los gobiernos. Si bien en términos generales podríamos ubicar, por ejemplo, a Gestión y Trabajo, los 20 o los 15 como participacionistas; a las 62 Organizaciones como miguelistas-vandoristas; a los 25 y al ubaldinismo como confrontacionistas; y al “Encuentro Nacional de los Trabajadores” (ENTRA) como combativo, las posiciones coyunturales de esos nucleamientos contrastarían fuertemente con cada identificación. Así,

por ejemplo, el ENTRA apoyó al gobierno radical con el proyecto de normalización sindical inicial; los independientes y verticalistas disidentes migraron de los 25 a una alianza con Gestión y Trabajo para formar la Comisión Nacional de Trabajo en 1978; Gestión y Trabajo se alió con los 25 contra las 62 en la interna del Partido Justicialista y durante las normalizaciones sindicales de 1984-1985; Miguel, líder de las 62, apadrinó informalmente a los 15 en su experiencia de incorporación al gobierno radical; la conducción nacional de la Federación Argentina de Trabajadores de Luz y Fuerza (FATLYF) formó parte alternativamente de Gestión y Trabajo, del ubaldinismo y de los 15; la del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMA-TA) pasó de los 25 a los 15; el sindicato de trabajadores telefónicos conducido por Julio Guillán pasó del ENTRA a los 25 y de allí a los 15; y así podría seguirse un tiempo enumerando ejemplos.

Stoler (2021) ha hecho un importante aporte al distinguir, sobre la base del análisis de las estrategias sindicales en disputa durante la jornada de protesta nacional de 1979, entre objetivos y prácticas sindicales. La autora postula que buena parte de las diferencias coyunturales que explican los cambios de alineamiento de las dirigencias sindicales y los gremios que comandan se entienden no tanto por los tipos de vinculaciones con el Estado sino en el marco de las disputas intra e intersindicales por el liderazgo y la estrategia del movimiento obrero. La dinámica de estas disputas varía, además, según las relaciones construidas entre los colectivos de trabajadores de cada fábrica con la seccional correspondiente y de cada seccional con la dirección nacional del gremio. A ello deben sumarse las particularidades zonales y las relaciones con los gobiernos y con los empresarios, con lo que se constituye una compleja trama local/regional/nacional. Durante la dictadura militar, la concepción del sindicalismo que detentaron los nucleamientos (un sindicalismo “profesionalista” en el caso de Gestión y Trabajo, uno que reivindicaba el rol político y partidario en el

caso de los 25) fue el núcleo del proceso de diferenciación sindical, mientras que las formas de expresar esos objetivos (negociación con el gobierno o protesta) fueron parte del repertorio de todos, aunque la negociación tendió a ser la práctica preferencial.

A partir de aquí, describiremos un mapa de esos nucleamientos durante nuestro período, atendiendo en sus líneas generales a su evolución (surgimientos, fusiones, disoluciones), y entendiendo sus posicionamientos políticos por las coyunturas a las que se enfrentaron. Para ello tendremos en cuenta no solo las formas de vinculación entre sindicalismo y gobierno, sino también las estrategias intersindicales que se pusieron en juego en la disputa por el liderazgo y orientación estratégica general del sindicalismo argentino en el nivel nacional. Quedará pendiente entonces un análisis de los movimientos de la dirigencia sindical cuando estaban determinados por lo que pasaba dentro de sus organizaciones, es decir la dinámica de las disputas intrasindicales. No debe descartarse tampoco la posibilidad de que las modificaciones de las posturas de algunos de los sindicalistas durante el período se debieran a cuestiones personales oportunistas. El vacío explicativo de ambas variables solo podrá llenarse con el avance hacia una síntesis de la multiplicidad de estudios de caso que empiezan a aparecer en el campo, entre los que se pueden contar varios de los trabajos de este libro.

La fragmentación sindical a la salida de la dictadura⁶

Como señala Sangrilli (2011), la última dictadura militar, en el marco del proceso de repliegue y transición posterior a la derrota en el conflicto bélico de Malvinas, dictó la Ley N°22.839/83 que modificó la ley de asociaciones profesionales castrense N°22.105/79 en cuanto

⁶ La reconstrucción de los dirigentes que formaban parte de los nucleamientos fue hecha sobre la base de Abós (1984), Senén González (1984), Calveiro (1988), Beliz (1988), Gaudio y Thompson (1990), Belardinelli (1994), Sangrilli (2011 y 2013), Stoler (2021) y nuestro registro hemerográfico.

a la prohibición de asociaciones sindicales de tercer grado como la CGT. Quedaba pendiente entonces una normalización de la central sindical, y hasta tanto esto no ocurriera la misma quedaba a cargo de un delegado normalizador. Pero para la apertura democrática de 1983, la mayoría del sindicalismo argentino se encontraba dividido en dos centrales sindicales informales: la CGT Brasil y la CGT Azopardo.⁷ En la primera se encontraban los gremios pertenecientes a los nucleamientos de la Comisión de los 25 y a las 62 Organizaciones; mientras que en la segunda se encontraban Gestión y Trabajo (GyT), los independientes y el Grupo de los 20. Salvo las 62, estos grupos habían surgido en distintos momentos de la dictadura militar.

Por otro lado, por fuera de las dos CGT se hallaba una serie de agrupaciones más pequeñas que para las vísperas del proyecto de normalización sindical impulsado por el alfonsinismo (diciembre de 1983), se coaligaron en un agrupamiento que se conoció como Mesa de Enlace Gremial.

Finalmente, a partir de procesos de oposición o apoyo a distintas coyunturas ligadas al programa económico desarrollado durante la gestión de Juan Vital Sourrouille en el Ministerio de Economía, surgieron los últimos nucleamientos que nos interesan para nuestra investigación: el ubaldinismo y los 15.

Las 62 Organizaciones peronistas (su nombre formal), más conocidas como las 62, surgieron durante el proceso de resistencia a la normalización fraudulenta impulsada por la dictadura militar auto-

⁷ La denominación “Brasil” hacía referencia a la calle del barrio porteño de Constitución donde se encontraba su sede. Desde febrero de 1983 se la conoció como CGT de la República Argentina (CGT-RA), cuando se sumaron al nucleamiento sectores ortodoxos “no alineados”, referenciados en Fernando Donaires del sindicato de papeleros (Calveiro, 1988, p. 33). En los medios gráficos, sin embargo, era usual que se la siguiera llamando CGT Brasil. Por otro lado, “Azopardo” hacía referencia a la calle del barrio porteño de Monserrat donde se encuentra la sede histórica de la CGT, por entonces ocupada por el gobierno desde la intervención militar.

denominada “Revolución Libertadora” (1955-1958), más precisamente como resultado del fracaso gubernamental del congreso normalizador de agosto de 1957 (James, 1990). Durante ese ciclo, representó la conducción unificada del sindicalismo peronista tanto en el interior del movimiento político como en el régimen político. Sin embargo, con el paso del tiempo se transformó en la representación de la porción del sindicalismo peronista que se alineaba bajo la conducción oficial de la UOM y de la ortodoxia peronista. Durante la última dictadura militar, las 62 fueron explícitamente prohibidas, y por eso varios de los dirigentes que se enrolaban allí (verticalistas, antiverticalistas, participacionistas, etc.) formaron parte de los demás nucleamientos como manera de no perder su canal de acción y negociación. La conducción de las 62 durante los años de nuestra investigación estuvo bajo el liderazgo del dirigente metalúrgico Lorenzo Miguel.

Los 25 surgieron en marzo de 1977. Siguiendo a Abós (1984), aunque su composición fue muy cambiante, se trataba de sindicatos medianos y de segunda línea del sector servicios (taxistas, camioneros, ferroviarios, conductores navales), estatales tanto industriales como de servicios y administración pública (municipales, judiciales, petroleros del Estado, obras sanitarias) y algunos pocos industriales del sector privado (mecánicos, papeleros, calzado). Para el autor, eran un mosaico de gremios que venían de posiciones gremiales y políticas muy disímiles: verticalistas ligados a Miguel, antiverticalistas enemistados con Miguel y referenciados en Victorio Calabró,⁸ independientes y participacionistas. Como señala Stoler, verticalistas y

⁸ Sindicalista metalúrgico, secretario general de la seccional Vicente López, Calabró fue electo vicegobernador de la provincia de Buenos Aires en 1973 como parte de las fórmulas conformadas por la izquierda y la derecha peronista que caracterizaron la elección de los cargos ejecutivos de las provincias de ese año. Representante de la derecha peronista y ligado a organizaciones paraestatales, Calabró se hizo cargo de la gobernación al ser desplazado el gobernador Oscar Bidegain, vinculado a la tendencia revolucionaria (Servetto, 2010).

antiverticalistas provenían de las 62 y defendían el rol político y partidario del sindicalismo peronista.

Dentro de los nucleamientos más grandes de esos años, los 25 fueron los más críticos de la dictadura, aunque siempre mantuvieron canales de negociación. Sus principales reclamos eran la derogación de la legislación laboral sancionada durante el autodenominado Proceso, la libertad de los detenidos por cuestiones políticas y gremiales, y la normalización del movimiento obrero. Los 25 tuvieron incorporaciones y desprendimientos de sindicatos y grupos de sindicatos durante todo el período, y varios de los gremios que originalmente fueron parte del mismo luego estuvieron en las filas de los otros nucleamientos. Promediando la dictadura, dentro de los 25 se destacó la figura del dirigente de la federación de trabajadores cerveceros Saúl Ubaldini. Sin embargo, durante los años del gobierno alfonsinista su figura fue autonomizándose de este agrupamiento hasta que se conformó uno diferente alrededor de su figura. Otros dirigentes destacados de esta corriente fueron Roberto Digón (tabaco), Roberto García (taxistas), Ricardo Pérez (camioneros) y José Rodríguez (mecánicos).

En abril de 1978 se conformó GyT, integrado por grandes gremios como los de la construcción, comercio, seccionales de Luz y Fuerza y ferroviarios; y algunos gremios industriales como plásticos, químicos, textiles y seccionales de metalúrgicos no alineadas con Miguel. Por lo general, sus dirigentes eran representantes de sindicatos con mandatos prorrogados por la dictadura o cuyos gremios estaban intervenidos. La formación de este nucleamiento, justamente, se liga con la promoción de dirigentes afines al llamado Proceso de Reorganización Nacional que impulsó el ministro de Trabajo militar, Horacio Liendo.⁹

⁹ En el capítulo de Mariana Stoler en este libro se hace referencia a un caso explícito de promoción de dirigentes afines por parte del Ministerio: Abdala Baluch de la UOM La Matanza, quien integró la mesa nacional de la CNT hasta su muerte en 1979. Según la autora, mientras Miguel permaneció detenido, numerosos dirigentes seccionales del gremio adhirieron a GyT y la CNT.

Algunos de los dirigentes más destacados de GyT eran Jorge Triaca (plástico), Armando Cavalieri (comercio de Capital Federal), Délfór Giménez (textiles), Rubén Diéguez y Luis Guerrero (ambos metalúrgicos). La relación de este grupo con el gobierno dictatorial fue sobre todo de cooperación, por lo menos hasta el momento de la crisis de la dictadura, y defendían un sindicalismo “profesionalista” dedicado principalmente a la representación corporativa.

En agosto de 1978 nació la Comisión Nacional de Trabajo (CNT), conformada por GyT, sectores del por entonces verticalismo disidente, algunos participacionistas que migraron desde los 25 y algunos dirigentes independientes como Ramón Baldassini (telepostales), Juan Horvath (estatales de la Asociación de Trabajadores del Estado), Jorge Luján (vidrio). El desprendimiento de los 25 se produjo frente al impulso que, en el marco de las negociaciones por la asamblea de la Organización Internacional del Trabajo de ese año, dio el entonces ministro de Trabajo Liendo al restablecimiento de los canales de negociación con el sindicalismo más afín. Como señala Stoler (2021), en un primer momento la principal crítica de los 25 a los dirigentes que formaron la CNT fue que estos sostenían, para los casos de los grandes gremios intervenidos, que en esos canales debían participar los dirigentes seccionales en actividad, lo que implicaba en la práctica no reconocer a las autoridades dirigenciales previas a 1976.

Cuando en el segundo semestre de 1979 el gobierno militar mostró su interés por dictar nuevas leyes de asociaciones profesionales y obras sociales, los 25 y la CNT impulsaron un breve intento de unidad sindical nacional (la Conducción Única de Trabajadores Argentinos, CUTA). A este proceso de unificación se opusieron 20 gremios, algunos de los cuales venían siendo parte de los 25 y otros de la CNT. Ese fue el nacimiento de la comisión de los 20, de la que participaban Luis Etchezar (conductores de locomotoras), Hugo Barrionuevo (fideero), Juan Racchini (aguas gaseosas) y Enrique Micó (vestido y afines), en-

tre otros. Eran sindicatos relativamente chicos o de oficios, que preferían mantener su capacidad de interlocución con el gobierno en la coyuntura. De cualquier manera, en marzo de 1980 la unidad de la CUTA se rompió a raíz de los acercamientos de dirigentes de GyT con el gobierno militar.

En noviembre de 1980 se conformó la CGT Brasil entre los 25 y las 62 que se reorganizaron a pesar de la prohibición dictatorial. Varios dirigentes (por ejemplo, Osvaldo Borda, del caucho) alternaron su adscripción a algunos de estos nucleamientos siempre dentro de la unidad de la CGT Brasil. Algunos gremios que habían migrado a los 20 también volvieron a la nueva CGT (Fernando Donaires de papeleros, Gerónimo Izzeta de municipales). En abril de 1981 ocurrió lo propio con un acercamiento entre la CNT y los 20. La Intersectorial CNT-20 pasó a ser conocida en mayo de 1982 como CGT Azopardo. Esta última quedó formada entonces por GyT, conducidos por Triaca y Cavalieri; los 20, encabezados por Luján, Etchezar, Racchini, Micó y Barrionuevo; y los independientes liderados por Baldassini, Horvath, Enrique Venturini (electricistas navales) y Manuel Ferrada Campos (televisión), entre otros.

Como dijimos, por fuera de estos agrupamientos quedaban otros de menor significación. Por un lado, una serie de sindicatos mayoritariamente no peronistas, no alineados (bancarios, seccionales de construcción, telefónicos) e independientes (trabajadores de la educación), no agrupados en ningún sector. Por otro, una serie de nucleamientos menores, cuyas características principales estaban dadas sobre todo por su perfil político, en los que se enrolaban desde sindicalistas adeptos a la Unión Cívica Radical (UCR) hasta peronistas de trayectoria combativa que se oponían a las conducciones tradicionales, pasando por eventuales desprendimientos de conducciones peronistas tradicionales que en el proceso de intervención y normalización gremial de la dictadura quedaron enfrentadas.

Se trataba, en primer lugar, del Movimiento Nacional de Renovación Sindical (MNRS). Este estaba conformado por dirigentes identificados con el alfonsinismo, en su mayoría provenientes del interior de la provincia de Buenos Aires, como su secretario general Néstor Rompani, conducción de la Federación Judicial de la Provincia de Buenos Aires, Norberto Fernández (gas del Estado) y el futuro ministro Antonio Mucci (gráficos de Avellaneda).¹⁰ El agrupamiento nació en un plenario realizado en la ciudad de San Nicolás en octubre de 1982 para tratar de aglutinar a los dirigentes sindicales radicales que se oponían a las dos centrales que existían hasta ese momento. A mediados de 1983 este nucleamiento envió una delegación a Europa Occidental para entablar contactos con centrales sindicales y participar de las reuniones de la OIT (Beliz, 1988).

En segundo lugar, estaba el Encuentro Nacional de los Trabajadores (ENTRA), formado luego de las elecciones de octubre de 1983, donde militaban dirigentes como Julio Guillán (telefónicos) y otros representantes de sectores del peronismo y la izquierda como Sergio Peralta (periodistas), Alberto Piccinini (metalúrgicos de Villa Constitución), Roberto Nagera (mecánicos de Córdoba), Omar Gorini (judiciales), Raúl Brunel (gráficos), Víctor Rotuno (lucifueristas), Daniel Egea (carne), Carlos Cabrera (publicidad), y Alberto Cortés (canillitas).¹¹

¹⁰ Otros gremialistas que formaban parte del MNRS son nombrados por una crónica del diario *Clarín* a raíz de un almuerzo que protagonizaron junto con el resto de los sectores de la Mesa de Enlace Gremial durante abril de 1984. Ellos son Juan Arce, Camilo Rodríguez, Américo González, María Riadigos, Hugo Silva, Luis Giacono, Roberto Álvarez y Hugo Rizzuto (*Clarín*, 16 de abril de 1984). Rizzuto era dirigente del sindicato de los trabajadores de Gas del Estado. Debe agregarse a este listado a Eduardo Paternó (ferroviarios) (*Clarín*, 22 de abril de 1984).

¹¹ Véase *Respaldo condicionado* (*Clarín*, 21 de diciembre de 1983) y *Acercamiento de dos nuevos grupos* (*Clarín*, 24 de enero de 1984). En la primera de estas crónicas aparece como firmante el metalúrgico Avelino Fernández, pero al día siguiente fue desmentido por este dirigente sindical porque “mi trayectoria y lealtad al movimiento peronista me impiden apoyar una ley basada en la legislación ideada por la dictadura militar” (*Clarín*, 22 de diciembre de 1983). Carlos Cabrera figura también asistiendo al plenario del PSN

La Asamblea Gremial Argentina (AGA), también constituida en el último año de la dictadura, estaba conformada por dirigentes peronistas que se habían enfrentado a la conducción de sus gremios durante la normalización impulsada por la última etapa del llamado Proceso. La integraban Blas Alari (papeleros, enemistado con Donaires), José Báez (seguro, enemistado con Valle) y Juan Masso (plástico, adversario de Triaca). También se enlistaban en AGA José Cerquetti (bancarios), Adolfo Medina (ferroviarios), Lindolfo Ferrari (textiles), Juan Benítez (petroleros) y Aldo Hermoso (químicos).¹²

Finalmente, el Plenario Sindical Nacional (PSN) estaba encabezado por dirigentes peronistas como Andrés Framini (textil) y Walter Vezza (municipales de Capital Federal),¹³ cuya trayectoria se remontaba a los años de la “resistencia peronista”, y otros como Antonio García (municipales de Avellaneda), Hernán Basílico (taxistas de Avellaneda), Orlando Maciel (portuarios), Francisco Gutiérrez (metalúrgicos de Quilmes), César Bustos (azucareros de Tucumán), y Ricardo De Luca (navales).¹⁴ Este sector mantenía relaciones con la agrupación Intransigencia y Movilización Peronista.¹⁵

del 23 de enero de 1984; véase *Reclaman derogación de la ley sindical de los militares* (Clarín, 24 de enero de 1984).

¹² Varios de ellos firmaron la declaración pública “dirigida a los trabajadores argentinos y al Congreso” en apoyo a la “ley Mucci” que es reseñada en *Apoyo crítico a un proyecto* (Clarín, 18 de enero de 1984).

¹³ Walter Vezza aparece tanto en Beliz (1988) como en la crónica del plenario del PSN del 23 de enero de 1984 (que incluye una foto del mismo junto a Framini) como formando parte de este nucleamiento: (Clarín, 24 de enero de 1984). Sin embargo, en la nota *El tablero sindical* (Clarín, 22 de abril de 1984) firmada por las iniciales R.F.T, este dirigente figura en el ENTRA.

¹⁴ Además de *El tablero sindical* (Clarín, 22 de abril de 1984), véase el apartado “Otro plenario” en la crónica *Ratifican las CGT el plenario sindical* (Clarín, 21 de enero de 1984) y *Reclaman derogación de la ley sindical de los militares* (Clarín, 24 de enero de 1984).

¹⁵ Agrupación interna del PJ donde en los inicios del gobierno radical se conjugaban sectores de la izquierda peronista y sectores partidarios tradicionales de distintas

La oposición gremial a la temprana iniciativa de normalización del alfonsinismo conocida como “ley Mucci” llevó a una pronta confluencia de las conducciones sindicales peronistas en una flamante CGT unificada (Massano, 2022a). De ella formaron parte los 25, las 62 y GyT, y les correspondieron dos secretarios generales de la nueva conducción colegiada (provisoria, hasta la normalización definitiva de la central) a cada una de las CGT que se habían formado durante la dictadura: Ubaldini y Borda (los 25) por la CGT Brasil, y Triaca (GyT) y Baldassini (independientes) por la CGT Azopardo.

Los 20, por su parte, se negaron a formar parte de la reunificación y mantuvieron una posición dialoguista con el gobierno. En el mismo sentido de apoyo a la iniciativa oficial, pero sin confluir con los 20 por diferencias ideológicas, políticas y coyunturales, se conformó la Mesa de Enlace Gremial entre el MNRS, el ENTRA, la AGA y el PSN. La derrota del proyecto impactó de manera diferente entre los nucleamientos que apoyaron al gobierno.

La Mesa de Enlace fue la apuesta del gobierno para poner un contrapeso a la CGT unificada, pero después de demostrar escasa capacidad de convocatoria fue perdiendo peso como nucleamiento y terminó diluyéndose. En un lapso de meses se convirtió en no más que tendencias internas dentro de sindicatos individuales.

Los 20 lograron que uno de sus dirigentes, el fideero independiente Hugo Barrionuevo, sea nombrado primero asesor presidencial para la normalización, y luego ministro de Trabajo (Senén González y Bossoer, 1993). Sin embargo, la acción de Barrionuevo como ministro se fue autonomizando de las directrices del agrupamiento.

Volviendo a la central sindical, como señala Belardinelli (1994), desde su conformación y durante todo el gobierno alfonsinista las diferencias entre los nucleamientos que formaban parte de la CGT uni-

provincias identificados con el senador de Catamarca Vicente Leónidas Saadi. Sobre esta agrupación véase Roland (2019).

ficada no implicaron su ruptura, sino que se expresaron en los procesos de normalización y en la interna del PJ. Es decir, la disputa por el liderazgo y orientación estratégica del movimiento obrero se canalizó dentro de la representación corporativa tradicional. La primera de las fricciones entre los grupos de la CGT surgió alrededor del proceso de normalización sindical iniciado en julio de 1984 que duró hasta 1985 (Gaudio y Domeniconi, 1986; Sangrilli, 2010), en el que el predominio de las 62 fue puesto en discusión por el acercamiento entre los 25 y GyT. Pero mientras los 25 ganaron algunos gremios importantes como la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y SMATA, los resultados para GyT fueron magros. Por otro lado, las pujas por la conducción del PJ condujeron a las 62 a definirse por el sector que se agrupó en el congreso desarrollado en el Teatro Odeón de Buenos Aires en diciembre de 1984, mientras que los 25 y GyT lo hicieron por el congreso disidente de Río Hondo (Santiago del Estero) en febrero de 1985.¹⁶

Sin embargo, en abril de 1985, en el marco de la agudización del contexto inflacionario, los 25 rompieron con GyT impulsando una posición confrontadora con el gobierno. GyT se disolvió, y mientras que un sector que siguió a Triaca se incorporó a las 62, cinco gremios de peso (bautizados por entonces como los 5 latinos: textiles, estatales de la Unión del Personal Civil de la Nación (UPCN), Luz y Fuerza, construcción y obras públicas) no aceptaron esta integración con el miguelismo y se alinearon detrás de la figura de Ubaldini.

¹⁶ En el Teatro Odeón se llevó a cabo el Congreso Nacional del PJ en el que la recientemente formada Renovación Peronista intentó desplazar a la ortodoxia liderada por Miguel de la conducción del partido. El intento fue bloqueado y la Renovación impulsó un congreso paralelo en Río Hondo, donde se eligió una conducción alternativa. La división se mantuvo hasta julio de 1985 cuando se llegó a un acuerdo de unidad en el que se eligió a Saadi (que no era miembro de ninguna de las dos facciones) como presidente del PJ. Las facciones internas, de cualquier manera, se mantuvieron vigentes durante toda la década (Levitsky, 2005).

El lanzamiento del Plan Austral en junio de ese año reafirmó la oposición al gobierno impulsada por Ubaldini, mientras que la normalización del PJ mostró al miguelismo manteniendo posiciones de importancia, así como creció el peso de los renovadores a los que se ligaron los 25. La imposibilidad de una posición hegemónica de un nucleamiento sobre los otros dentro de la central llevó a la solución de un liderazgo que funcionara como árbitro¹⁷ entre los principales contendientes (los 25 y las 62). Así surgió el nucleamiento conocido como ubaldinismo, con apoyo de las regionales de la CGT del interior y de los 5 latinos. Luego se sumaron otros gremios, como telegrafistas, aeronavegantes, docentes, portuarios, de la carne, etc. (Sangrilli, 2011). Este arbitraje fue posible porque el ubaldinismo se declaró prescindente con respecto a la resolución de la interna sobre la conducción del PJ. La CGT, entonces, desarmó entre el 16 y el 19 de septiembre de 1985 la conducción colegiada y la centralizó en la figura de Ubaldini (Sangrilli 2011).¹⁸

A partir de mediados de 1986 las normalizaciones del PJ y de la CGT se yuxtapusieron con el lanzamiento de las “bandas salariales” (Massano, 2020). Estas consistían en el llamado a negociaciones con pisos mínimos y techos máximos de porcentaje de aumentos posibles, establecidos por decreto del Poder Ejecutivo Nacional (PEN) so-

¹⁷ Profundizaremos en ello en el apartado siguiente. Es interesante señalar que la conducción de Ubaldini en la CGT Brasil durante la dictadura militar también surgió por la necesidad de un arbitraje (Senén González, 1984, p. 111). Aquella vez, ese arbitraje estuvo ligado a las negociaciones entre los 25, que proponían a Hugo Curto (de la UOM y hombre de Miguel), y la ortodoxia tradicional (Donaires, Romero, Ibáñez) que propusieron a Ubaldini. Más allá del componente personal que habilitó en ambas ocasiones ese lugar para Ubaldini, en este trabajo nos enfocamos en la función de arbitraje que cumplió el nucleamiento.

¹⁸ En ese contexto se dieron otros realineamientos menores como el paso de FOETRA (Guillán) del ENTRA a los 25. Véase *Barrionuevo recibe mañana a la CGT* (Clarín, 25 de septiembre de 1985).

bre la base de la inflación esperada. Debe recordarse que por Ley N° 21.307/76 de la dictadura militar las negociaciones paritarias estaban suspendidas, por lo que el PEN podía arrogarse la potestad unilateral de definir las modalidades de actualización salarial en un contexto de alta inflación. Las bandas implicaban una flexibilización de los congelamientos de precios, salarios y tarifas del Plan Austral (Massano, 2018). Esos pisos y techos podían modificarse si se llegaba a acuerdos de aumento de productividad o a compromisos empresariales de evitar despidos. También se integraban cláusulas de paz social que limitaban el derecho de huelga de los sindicatos suscriptores. Los trabajadores del sector público y mixto quedaban fuera de estas negociaciones.

El funcionamiento de las bandas implicó el marco en el cual se empezó a conformar un nuevo nucleamiento. Para julio de 1986, las 62 tuvieron una reestructuración de su conducción: el ubaldinismo y los 20 se incorporaron a ella, los primeros como alternativa al liderazgo de Miguel y los segundos como aliados de este. Ello implicó el desplazamiento de la mesa de conducción de importantes dirigentes como Triaca y Lesio Romero (carne) (Clarín, 3 de julio de 1986). Pocos días después, los 25 se constituyeron como Movimiento Sindical Peronista Renovador (MSPR), cristalizando la interna del partido en el ámbito gremial (Clarín, 6 de julio de 1986).

El ubaldinismo, a pesar de integrar la mesa de conducción de las 62, se mantuvo prescindente con respecto a la interna partidaria.

Pero en noviembre de ese mismo año se desarrolló el congreso normalizador de la central (Sangrilli, 2011), y en los meses previos hubo muchos cambios en la alineación de los distintos agrupamientos sindicales. Con la vuelta de la negociación colectiva mediante la política de bandas salariales los gremios grandes con capacidad de presión encontraron un mecanismo de integración por satisfacción de demandas salariales. Un sector de las 62, con la venia de Miguel, se separó de la estrategia ubaldinista de confrontación directa con el

gobierno, y esto se manifestó en la escasa participación de ese sector en la movilización que acompañó el paro general del 9 de octubre de 1986. Sin embargo, ningún nucleamiento abandonó la CGT, manteniendo la representación corporativa unificada desde enero de 1984. Esto era muy importante porque durante el segundo semestre de 1986 también se estaban tratando en el Parlamento las iniciativas gubernamentales de reforma laboral impulsadas por el entonces secretario de Trabajo Armando Caro Figueroa (Thompson, 1988; Gordillo, 2013; Massano, 2022b).

Al mismo tiempo, ocurrieron varias migraciones de sindicatos entre los nucleamientos, manteniéndose la paridad relativa de fuerzas que permitía el arbitraje del ubaldinismo: ningún grupo por sí mismo era capaz de articular una mayoría suficiente como para hacerse de la conducción de la central.¹⁹ Esa paridad relativa entre sectores llevó al acercamiento entre el MSPR y el ubaldinismo para bloquear la mayoría miguelista en el congreso de normalización, que finalmente ocurrió dividiendo los cargos del Consejo Directivo en tercios para cada agrupamiento (Sangrilli, 2011).

Las tensiones en el interior de la CGT normalizada se mantuvieron, y en febrero de 1987, mientras el gobierno lanzaba el primer “australito”,²⁰ Ubaldini amenazó con renunciar a la secretaría general de la central rompiendo el arbitraje. Sin embargo, fue confirmado por

¹⁹ En las jornadas previas al congreso normalizador, el diario *Clarín* asignaba 11 congresales para los independientes, 28 para los 25, 19 para el ubaldinismo, y 42 para las 62 conducidas por Miguel, “teniendo en cuenta el alineamiento de las conducciones de los gremios a los que pertenecen los congresales. Por esa razón, esta distribución puede sufrir cambios derivados de las líneas internas en las que están enrolados los delegados, que votarán en secreto” (Clarín, 6 de noviembre de 1986). La elección se hizo con lista única –Azul y Blanca– por acuerdo entre los nucleamientos mayoritarios, por lo que no fue necesario el voto secreto (Sangrilli, 2011).

²⁰ Los dos “australitos” fueron reediciones parciales del congelamiento de precios, salarios y tarifas del Plan Austral de junio de 1985 (Massano, 2018).

todos los sectores. Finalmente, entre fines de 1986 y marzo de 1987 se conformó el Grupo de los 15. Estos aparecieron primero públicamente como Consejo del Trabajo y la Producción, y fueron un nucleamiento inicialmente conformado por los sindicatos de energía eléctrica,²¹ petroleros del Estado, bancarios, gastronómicos, textiles, comercio (seccional Capital Federal), telepostales, sanidad (sector privado), plásticos, mecánicos,²² telefónicos y municipales. Con la venia informal de Miguel (la UOM siguió siendo parte y conducción de las 62), los 15 se dispusieron a desplegar una estrategia de acercamiento con el gobierno que terminó en el desplazamiento de Barrionuevo (exintegrante de los 20) por Alderete (Luz y Fuerza, de los 15) en el Ministerio de Trabajo. A ese grupo inicial se le sumaron luego otros gremios.

Con la aparición de los 15 se completa el mapa de los principales nucleamientos sindicales que actuaron durante nuestro período. En sus conformaciones respectivas y sus mutaciones puede verse que son las coyunturas específicas las que explican las variaciones en las disputas por el liderazgo y orientación estratégica del movimiento obrero y, por lo tanto, los alineamientos y estrategias de las conducciones sindicales frente al gobierno y en el interior del movimiento peronista.

Sobre el arbitraje ubaldinista: La dinámica intersindical de los nucleamientos en los años ochenta

Rocca Rivarola (2009) señaló una “evolución paradójica” del sindicalismo peronista durante los años ochenta: mientras fue el prin-

²¹ Luz y Fuerza era parte de los 5 latinos que formaron el ubaldinismo en 1985, pero en el congreso normalizador de 1986 Serrano perdió la conducción frente a Alderete (Sangrilli, 2013). También textiles y estatales de UPCN harían esta migración en distintos momentos.

²² SMATA se había retirado de los 25 a principios de diciembre de 1986 por diferencias de su conductor y diputado nacional, José Rodríguez, con sus compañeros de bancada parlamentaria. El dirigente mecánico venía siendo cuestionado dentro del nucleamiento por mantener contactos informales tanto con Miguel como con el presidente Alfonsín: *Abandonó el SMATA la comisión de los 25* (Clarín, 6 de diciembre de 1986). Guillán (telefónicos) también migró desde los 25 a los 15.

principal opositor del gobierno, se vio progresivamente desplazado de la conducción del partido. Uno de los elementos que considera de importancia para entender esta “evolución paradójica” es el hecho de que la fuerza de veto que tenía la CGT comandada por Ubalдини frente a la política económica del gobierno no se traducía en fuerza electoral, porque en el PJ la “renovación”²³ desplazaba de la conducción al miguelismo. En el mismo sentido Belardinelli (1994) había señalado que la estrategia de oposición política de la CGT no cristalizó en una alianza política que jugara en el sistema de partidos.²⁴

Los trabajos de Sangrilli son un gran aporte para la comprensión de esta dinámica paradójica. En primer lugar, identifica cómo la normalización de la central de noviembre de 1986 implicó un escenario que expresó una situación de “triple empate” (Sangrilli, 2011) entre nucleamientos. Agregamos que debe entenderse este empate en términos de las posiciones en el Consejo directivo de la CGT en el que se repartieron las secretarías, porque en términos de la cantidad de congresales para el Congreso Nacional el miguelismo mantenía una mayoría que no llegaba a ser suficiente para definir la conducción (Clarín, 6 de noviembre de 1986). Es decir, en el momento de la normalización de la central el miguelismo no pudo traducir su peso en término de adhesión de conducciones gremiales, pero no podía ser subestimado.

²³ Si bien los 25 se alinearon con los “renovadores” (Levitsky, 2005) en el interior del PJ proyectándose como su “pata sindical” (MSPR), su relación con ese sector de líderes políticos (Cafiero, Menem, Grosso, De la Sota, etc.) dentro del partido fue de subordinación, por lo que no se los puede identificar como el mismo sujeto, como es el caso de las 62.

²⁴ Durante los primeros años del gobierno alfonsinista, la CGT intentó conformar un “frente programático” en “defensa de la democracia” que implicó reuniones con todas las expresiones partidarias y corporativas. En nuestro registro hemerográfico contamos con numerosas crónicas de estos encuentros entre 1984 y 1986. Este frente no llegó a conformarse como tal y funcionaba como una especie de “amenaza” de oposición unificada al gobierno alfonsinista.

En segundo lugar, muestra que la pérdida de gravitación del ubaldinismo se explica por escenarios que se abren desde ese congreso normalizador en adelante: la formación de los 15 y la asunción de Alderete como ministro de Trabajo; la victoria renovadora en las elecciones provinciales de 1987 que catapultó a Antonio Cafiero como principal político opositor y, a la vez, nuevo interlocutor del gobierno; y la victoria de Carlos Menem en la interna peronista de 1988 que significó una “revancha ortodoxa” ante su desplazamiento de la conducción del partido (Sangrilli, 2013).²⁵

Volvamos al momento de constitución del liderazgo de Ubaldini y del arbitraje del nucleamiento que se constituyó alrededor de ese liderazgo para entender su lógica, y luego retomaremos estos escenarios para ver cómo las condiciones del arbitraje se rompen.

El liderazgo de Ubaldini surgió durante la dictadura militar (Abós, 1984), una figura de segundo orden que ganó protagonismo como resultado de su evidente carisma personal, por un lado, y por el desplazamiento de los dirigentes sindicales de primer orden que hizo la propia dictadura con su intervención de la CGT y los principales sindicatos, por otro. La constitución de la comisión de los 25 con buena parte de la ortodoxia sindical peronista durante aquellos años dictatoriales y la posterior alianza con las 62 cuando estas se reorganizaron en el tramo final de la dictadura y dieron lugar a la CGT Brasil y a la CGT-RA, mantuvo a Ubaldini dentro de los principales referentes sindicales del sector. Ello continuó siendo así en los primeros meses del retorno a la democracia, porque la derrota del PJ en las elecciones

²⁵ La autora también recupera la tesis de Villanueva (1994) sobre la importancia de la vuelta del sistema de negociaciones paritarias durante 1988 en el proceso de desplazamiento de la CGT liderada por Ubaldini como interlocutor central por las actualizaciones salariales. Este desplazamiento restó apoyo a la estrategia de confrontación con el gobierno. Coincidimos, pero como señalamos previamente, ese proceso había comenzado con la puesta en marcha de las bandas salariales casi con dos años de antelación, y fue el contexto de surgimiento de los 15.

de 1983 —la primera del peronismo en elecciones sin fraude ni proscripciones— mantuvo a las 62 y a Miguel en un segundo plano; y en tal grado que, en el momento de la reunificación de la CGT en enero de 1984 en el marco del conflicto por la ley Mucci, los dos representantes de la CGT Brasil en el secretariado general colegiado fueron Borda y Ubaldini, de los 25.

En el ámbito gremial, las normalizaciones sindicales de mediados de 1984 a mediados de 1985 mostraron un breve acercamiento entre los 25 y GyT para tratar de aprovechar el desprestigio de las 62. En el ámbito partidario, la puja por la conducción que la derrota electoral abrió en el PJ mantuvo a los “mariscales de la derrota” miguelistas a la defensiva frente al avance de los renovadores. Desde abril de 1985, el alineamiento partidario entre 25-renovadores vs. 62-ortodoxos generó la ruptura y disolución de GyT. Mientras un sector importante referenciado en Triaca se sumó a las 62, la indefinición de Ubaldini con respecto a la interna generó una de las condiciones de posibilidad para que una serie de gremios importantes —los 5 latinos— junto con las regionales del interior de la CGT lo propusieran como árbitro sindical entre los contendientes partidarios. Solo cuando ese liderazgo tuvo esa función de arbitraje se constituyó un nucleamiento ubaldinista.

Este carácter de árbitro entre las 62-ortodoxos y los 25-renovadores que detentó el ubaldinismo implicaba, como dice acertadamente Rocca Rivarola (2009), mantener su prescindencia hacia el interior del PJ. Pero al mismo tiempo, la característica distintiva del liderazgo de Ubaldini era la fuerte oposición al programa económico neoliberal iniciado por la dictadura militar con fuertes continuidades en el del gobierno radical, así como la defensa del andamiaje legal de la integración funcional sindicatos-Estado que aquella dictadura había trastocado y este gobierno constitucional mantenía (Massano, 2020). Ese papel confrontacionista —actualizado por la ley Mucci y el Plan Austral— impulsaba a Ubaldini a un fuerte rol político de oposición

a la vez que por la centralización de la administración de la variable salarial, la CGT era la única interlocución válida con el gobierno. Ese rol lo mantenía en el centro de la escena, y frente a él, las demás figuras del peronismo y el resto de la oposición no habían encontrado una fórmula alternativa.

De esta manera, la tensión propia, paradójica, de su particular contexto de surgimiento, hacía al nucleamiento ubaldinista particularmente dependiente de la resolución de la interna peronista, en el sentido de que no decantara en el predominio de un sector sindical sobre otro. En tanto la condición de posibilidad del ubaldinismo como agrupamiento era su carácter de arbitraje corporativo/prescindencia partidaria, no podía construirse como mayoría sin tender a socavar aquellas condiciones.

El primer desafío a ese rol de opositor/interlocutor lo constituyó la formación de los 15 y la asunción de Alderete como ministro de Trabajo: un primer ensayo de fórmula alternativa.²⁶ Como señala Sangrilli (2013), su elección en ese cargo fue el resultado de la coincidencia de dos estrategias: la de los 15 que buscaba debilitar el confrontacionismo de Ubaldini y recuperar escenario político vs. la renovación

²⁶ El candidato inicial para ocupar el cargo fue Rodríguez, de SMATA, un ex-25 devenido en 15. Rodríguez venía construyendo buenas relaciones con el gobierno radical a partir de la resolución del conflicto de la toma de la planta de Ford Motor a mediados de 1985 impulsada por los sectores de izquierda de la fábrica (Molinero, 2018; y el trabajo de Abdala en esta compilación). El desalojo con amplio despliegue represivo fue negociado por el gobierno, la empresa y Rodríguez, y cuando se incorporó a los 15 al gobierno en marzo de 1987 el cargo se le ofreció a este, quien aceptó, pero luego “se arrepintió” (Entrevista a Juan V. Sourrouille). Sangrilli (2013) sostiene que por su pasado en los 25, la renovación lo habría tomado como una maniobra anti-Cafiero. Puede agregarse a ello que, teniendo en cuenta los históricos conflictos por encuadres sindicales entre UOM y SMATA, es probable que el propio Miguel —padrino informal de los 15— haya vetado la candidatura de Rodríguez. Esto es lo que sostienen Cárpena y Jacquelin (1994). Puede reforzarse esta hipótesis con el hecho de que el nuevo secretario de Trabajo bajo la gestión Alderete fue Julio Melchor, asesor legal de la UOM.

(los dos nucleamientos que bloqueaban la mayoría miguelista), y la del gobierno para restar apoyo al PJ en un año electoral y reforzar los propios en el contexto conflictivo de inicios de 1987. Sobre esto último, debemos recordar que las negociaciones por las reformas laborales de Armando Caro Figueroa habían entrado en vía muerta en los primeros meses del año (Massano, 2022b) y la CGT había retomado su plan de lucha, mientras que ante el repunte inflacionario el gobierno había tenido que recurrir a un nuevo congelamiento con el primer “australito” (Massano, 2018) lo cual daba un mayor plafón a la estrategia confrontadora de Ubaldini.

También resulta paradójico para el gobierno que, al incorporar a los 15, el desplazamiento de la CGT como interlocutor preferencial por las reformas laborales implicó una derrota para el reformismo sindical alfonsinista: los proyectos de Caro Figueroa fueron descartados y el nuevo equipo del Ministerio de Trabajo impulsó el restablecimiento de los marcos de integración funcional sindicatos-Estado tradicionales (Massano, 2022b). Es de destacar que, ante los intentos radicales por incorporar reclamos empresariales en los nuevos proyectos de ley, tanto los legisladores que respondían a las 62 como los renovadores suspendieron su disputa. Como se trataba de uno de los objetivos primordiales del sindicalismo en general, el ubaldinismo no pudo menos que acompañar esta estrategia y durante toda la gestión de Alderete no se desarrollaron paros generales (Massano, 2022c). Pero ello generaba tensiones porque al mismo tiempo debía mantener su rol de oposición política y su arbitraje. Esa tensión se expresó en el “apoyo condicionado” al nuevo ministro que Ubaldini impulsó en el consejo directivo de la CGT, coexistente con los acercamientos a Cafiero en los actos contra la privatización de SOMISA (Sangrilli, 2013).

El segundo desafío lo constituyó la consolidación del liderazgo partidario de Cafiero a partir de su triunfo en las elecciones provinciales de septiembre de 1987, el ensayo de la segunda fórmula alternativa. Estos

resultados, además, llevaron a la eyección de los 15 del Ministerio y terminaron con la viabilidad de la primera de las fórmulas alternativas. Esta retirada implicó un reflujo de las posiciones ortodoxas, que se sumó a su situación en el partido. En este escenario se modificaron drásticamente las condiciones del arbitraje ubaldinista: el MSPR acordó con el ubaldinismo no integrar a ningún miguelista en la lista de unidad para la conducción del PJ, y eso generó la renuncia de los ocho miembros miguelistas a sus puestos del consejo directivo de la central porque consideraban que aquello correspondía ser definido por las 62 (Sangrilli, 2013). Pero Ubaldini declaró públicamente que no había dado su aval para que José Luis Lingeri (ubaldinista, de obras sanitarias) fuera el secretario gremial del PJ. Es decir, se produjo una ruptura entre el líder y el nucleamiento que se había articulado alrededor de su liderazgo: el agrupamiento rompió el arbitraje al no reconocer el rol de las 62 y pactar con los renovadores, mientras que el líder intentó mantenerlo. El ubaldinismo y el MSPR leyeron que el reflujo ortodoxo implicaba su derrota definitiva, y así cambiaron la dinámica de la disputa. No reconocieron, entonces, que una de las condiciones del arbitraje siguiera estando vigente: la necesidad de la prescindencia partidaria ante la mayoritaria pero insuficiente representación miguelista dentro de las conducciones sindicales.

El tercer desafío mostró que esa lectura era errónea: los resultados de la interna peronista que se desarrolló entre marzo y julio de 1988, que Sangrilli (2013) caracteriza como una “revancha ortodoxa”. Si bien inicialmente Miguel propuso una fórmula electoral de unidad que habría llevado a Cafiero (gobernador de Buenos Aires, renovador) como candidato a presidente y a José María Vernet (exgobernador de Santa Fe, ortodoxo) como vice, los renovadores sostuvieron su lectura de derrota definitiva del miguelismo y optaron por José Manuel de la Sota (diputado nacional por Córdoba, renovador) como candidato a vice.²⁷ Esta

²⁷ Según José Pedraza (ferroviarios, MSPR) los 25 presionaron a Cafiero para que

decisión llevó a los 15 y el resto del miguelismo a apoyar a Menem, quien a pesar de haber sido renovador desde entonces reconoció el rol de las 62 como brazo político del sindicalismo peronista. Ubaldini se mantuvo prescindente frente a ambas precandidaturas y dejó que los dirigentes ubaldinistas fueran “libres” de jugar para Cafiero (Sangrilli 2013, p. 22), siendo derrotados junto con él. Menem se ubicó desde entonces como nueva conducción del peronismo y triunfó en las elecciones presidenciales de 1989, en medio de la crisis hiperinflacionaria, viabilizando la tercera fórmula alternativa al liderazgo de Ubaldini.

Puede verse entonces que este arbitraje fue un complejo proceso en el que un liderazgo necesariamente inestable se fue degradando en tanto se resolvían los “empates” que explicaron sus condiciones de emergencia y viabilidad.

Conclusiones

A partir de nuestro registro hemerográfico y de la bibliografía pertinente hemos podido reconstruir un mapa de las conducciones sindicales durante el período seleccionado, así como identificar los núcleos de la dinámica de la disputa por el liderazgo y orientación estratégica general del sindicalismo argentino en el nivel nacional. Lo hicimos atendiendo a los posicionamientos intersindicales y frente al gobierno alfonsinista, articulando en parte las propuestas de Stoler (2021) y Fernández (1995).

Por otro lado, reconocemos en los aportes de Rocca Rivarola (2009) y Sangrilli (2010, 2011, 2013) los antecedentes de mayor relevancia de las investigaciones más recientes para entender el arbitraje ubaldinista como el centro explicativo intersindical de esa dinámica para el período 1985-1988. Y articulamos esas contribuciones con los resultados de nuestra investigación (Massano, 2020) para proponer

optara por De la Sota, cuando aquel en realidad estaba dispuesto a la lista de unidad (Novaro, 2009, p. 262).

que, para el período 1984-1987, el eje explicativo de esa dinámica en términos de los posicionamientos frente al gobierno es el consenso mayoritario de las conducciones sindicales a favor de los marcos tradicionales de la integración funcional sindicatos-Estado.

Consideramos que los resultados de esta experiencia histórica deben ser tenidos en cuenta para interpretar el papel del movimiento obrero sindicalizado durante la crisis hiperinflacionaria, en la que adquirió sus relieves una nueva forma de la ofensiva neoliberal en nuestro país.

Referencias bibliográficas

- AAVV. (2010). Dossier Hacia un debate sobre la 'burocracia sindical'. *Nuevo Topo*, 7.
- Abós, Á. (1984). *Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983)*. Buenos Aires: CEAL.
- Belardinelli, P. (1994). El marco político de la conflictividad obrera. En E. Villanueva (Coord.). *Conflicto obrero: Transición política, conflictividad obrera y comportamiento sindical en la Argentina (1984-1989)*. Bernal: UNQ.
- Beliz, G. (1988). *CGT, el otro poder*. Buenos Aires: Planeta.
- Brennan, J. y Gordillo, M. (2008). *Córdoba rebelde: El cordobazo, el clasismo y la movilización social*. La Plata: De la Campana.
- Calveiro, P. (1988). Sindicatos y política, Argentina (1980-1986). En M. Trujillo Bolio (Coord.), *Organización y luchas del movimiento obrero latinoamericano (1978-1987)*. México: Siglo XXI.
- Cárpena, R. y Jacquelin, C. (1994). *El intocable: La historia secreta de Lorenzo Miguel, el último mandamás de la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Dawyd, D. (2014). Corrientes y nucleamientos del sindicalismo opositor peronista: Entre la CGT de los Argentinos y el regreso de Perón (1970-1973). *Quinto Sol*, 18(2). <https://doi.org/10.19137/qs.v18i2.937>

- Fernández, A. (1995). Los roles del sindicalismo durante la transición democrática (1983-1995). *Revista de ciencias sociales (Quilmes)*, 3, 213-228.
- Gaudio, R. y Domeniconi, H. (1986). Las primeras elecciones sindicales en la transición democrática. *Desarrollo Económico*, 26, 103.
- Gaudio, R. y Thompson, A. (1990). *Sindicalismo peronista/gobierno radical: Los años de Alfonsín*. Buenos Aires: Folios Ediciones/Fund. Friedrich Ebert.
- Gordillo, M. (2013). Normalización y democratización sindical: Repensando los 80. *Desarrollo Económico*, 53, 209-210.
- James, D. (1990). *Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo: Del partido sindical al partido clientelista (1983-1999)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Löbbecke, H. (2006). *La guerrilla fabril: Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*. Buenos Aires: RyR.
- Lorenz, F. (2013). *Algo parecido a la felicidad: Una historia de la lucha de clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1979)*. Buenos Aires: Edhasa.
- Massano, J. P. (2018). El 'Plan Austral' y el avance del 'consenso del ajuste' durante la transición democrática. *Sociohistórica*, 42, e062. <https://doi.org/10.24215/18521606e062>
- Massano, J. P. (2020). *El papel del movimiento obrero en la recomposición del régimen político argentino: Una historia del reformismo sindical alfonsinista (1983-1987)* (Tesis de doctorado). Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, Argentina. Recuperado de <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte2055>
- Massano, J. P. (2022a). La normalización sindical de Mucci a Casella: Aportes para la comprensión de la “democratización” en la

- posdictadura argentina. *Trabajos y Comunicaciones*, 55. <https://doi.org/10.24215/23468971e159>
- Massano, J. P. (2022b). Unions against neoliberal reform: Argentina's first attempt under democracy. *Canadian Journal of Development Studies/Revue canadienne d'études du développement*. <https://doi.org/10.1080/02255189.2022.2085080>
- Massano, J. P. (2022c). El conflicto sindical en la posdictadura argentina: Aportes para un análisis cuantitativo. *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 15(20), 103-130. Recuperado de <https://estudiosmaritimossociales.org/remss/remss20/04.pdf>
- Molinario, L. (2018). Cultura y política en el movimiento obrero en los inicios del orden democrático argentino: Reflexiones sobre la ocupación de Ford Motor (junio-julio 1985). *Historia, voces y memoria*, 12, 77-90. <https://doi.org/10.34096/hvm.n12.6242>
- Nassif, S. (2012). *Tucumanazos: Una huella histórica de las luchas populares (1969-1972)*. Tucumán: UNT.
- Novaro, M. (2009). *Argentina en el fin de siglo: Democracia, Mercado y Nación (1983-2001)*. Buenos Aires: Paidós.
- Ortiz, M. L. (2019). *Con los vientos del Cordobazo: Los trabajadores clasistas en tiempos de violencia y represión*. Córdoba: UNC.
- Rocca Rivarola, M. D. (2009). Protagonista opositor, peronista desplazado: La Confederación General del Trabajo durante el gobierno de Raúl Alfonsín. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 51(207). <https://doi.org/10.24215/23468971e159>
- Roland, E. (2019). *Intransigencia y Movilización Peronista (IMP) y el intento fallido de reconstruir el peronismo revolucionario durante la salida democrática*. Ponencia presentada en XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.
- Sangrilli, C. (2010). La normalización sindical entre la dictadura y los comienzos de la democracia (1979-1984). *Estudios Sociales*, 39, 147-170. <https://doi.org/10.14409/es.v39i1.2668>

- Sangrilli, C. (2011). La normalización de la CGT: Un análisis del Consejo Directivo elegido en noviembre de 1986. En M. Fabris y R. Tortorella, *Democracia en reconstrucción: Mosaico histórico de los años ochenta*. Mar del Plata: Eudem.
- Sangrilli, C. (2013). *El ocaso del ubaldinismo: La pérdida de gravitación política de Ubaldini y la CGT en los últimos años del gobierno alfonsinista*. Ponencia presentada en XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Schneider, A. (2006). *Los compañeros: Trabajadores, izquierda y peronismo (1955-1973)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Senén González, S. (1984). *Diez años de sindicalismo argentino, de Perón al Proceso*. Buenos Aires: Corregidor.
- Senén González, S. y Bossoer, F. (1993). *La trama gremial (1983-1989): Crónica y testimonios*. Buenos Aires: Corregidor.
- Servetto, A. (2010). *El gobierno peronista contra las "provincias montoneras"*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Stoler, M. (2021). Estrategias sindicales en disputa: Un análisis de la Jornada de Protesta Nacional, primera huelga general en dictadura. En L. Zorzoli y J. P. Massano (Eds.) *Clase obrera y dictadura militar en Argentina (1976-1983): Nuevos estudios sobre conflictividad y cambios estructurales*. Raleigh: A Contracorriente/UNC Press.
- Thompson, A. (1988). Negociación colectiva, democracia y crisis económica, Argentina (1983-1988). *Boletín Informativo Techint*, 255, 47-68.
- Velázquez Ramírez, A. (2018). *De la derogación de la autoamnistía al cambio constitucional: Apuntes para pensar la relación entre derecho y transición*. Ponencia presentada en Encuentro de investigadores IDAES-UNSAM/UNGS "Hacia una historia de los 80: Nuevos problemas, actores y escalas de análisis". Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=5cE7LYTpt-A>

Villanueva, E. (Coord.). (1994). *Conflicto Obrero: Transición política, conflictividad obrera y comportamiento sindical en la Argentina (1984-1989)*. Bernal: UNQ.

Zorzoli, L. (2018) Las intervenciones a organizaciones sindicales durante la última dictadura militar: Un estudio cuantitativo. *Desarrollo Económico*, 57, 223.

Fuentes

Sourrouille, J. V. (2005). *Entrevista*. Archivo de Historia Oral-Instituto de Investigación Gino Germani, sesión 3era 2da parte, 11' y subsiguientes.

Clarín. (26 de abril de 1983).

Respaldo condicionado. (21 de diciembre de 1983). *Clarín*.

Desmentida. (22 de diciembre de 1983). *Clarín*.

Apoyo crítico a un proyecto. (18 de enero de 1984). *Clarín*.

Ratifican las CGT el plenario sindical. (21 de enero de 1984). *Clarín*.

Acercamiento de dos nuevos grupos. (24 de enero de 1984). *Clarín*.

Reclaman derogación de la ley sindical de los militares. (24 de enero de 1984). *Clarín*.

Alfonsín dialogó con Gremialistas. (16 de abril de 1984). *Clarín*.

El tablero sindical. (22 de abril de 1984). *Clarín*.

Barrionuevo recibe mañana a la CGT. (25 de septiembre de 1985). *Clarín*.

Nueva conducción en las 62. (3 de julio de 1986). *Clarín*.

Constituyen un sector gremial renovador. (6 de julio de 1986). *Clarín*.

La normalización de la CGT. (6 de noviembre de 1986). *Clarín*.

Abandonó el SMATA la comisión de los 25. (6 de diciembre de 1986). *Clarín*.